Ipas BOLIVIA

# 1er Concurso de Cuentos/Relatos "Las mil y una formas en las que los hombres vivimos nuestras masculinidades"

Categoría:

# LIBRE

PRIMER LUGAR
SUCRE
2020

# HACER DE TRIPAS CORAZÓN

Gustavo Espada Vargas

Cuando Cecilio Vega se fue de la ciudad, me sentí el peor de los amigos. Lo conocí en primaria, solíamos compartir la merienda. A veces me convidaba gelatina, en especial los días que su mamá le daba dinero. Su complexión delgada, casi esquelética, hacía de él más alto que los demás chicos. No tenía músculos, apenas podía cargar los libros de la escuela en esa mochila que le cubría la espalda entera. Escuchaba cómo lo criticaban, no por ser flaco, sino por alejarse del grupo. Él no reaccionaba a sus insultos que, poco a poco, se convirtieron en zancadillas, empujones y rayones en su cuaderno. En ese tiempo, había dejado de hablarle, creí que era un afeminado por el rumor de que lo encontraron llorando en el aula sin ningún motivo.

Yo formaba parte del equipo de fútbol del curso, jugábamos todas las tardes, luego íbamos a pasear por las calles en busca de nuestras compañeras para molestarlas. Así pasábamos nuestras horas libres, del colegio a la cancha, y de la cancha a la calle. Había veces en las que peleábamos por la atención de las chicas. Si uno caía al suelo de un puñete, se retiraba avergonzado hasta que volvía en una hora como si nada hubiese ocurrido. La regla general era que debíamos entrenar todos los días si queríamos llegar a jugar en la liga nacional. Recuerdo que nuestro defensor no asistió a un entrenamiento, así que hizo el doble de trabajo físico como castigo. No parábamos de reír, pues decía que iba a vomitar en el césped.

Un día nos topamos con Cecilio, este ni siquiera dobló la cabeza para saludar; se dirigía a sus clases de pintura. El líder de nuestro grupo le obstruyó el

paso, como Cecilio caminaba viendo el suelo no evitó el choque. Se disculpó de inmediato, pero la mano del otro ya estaba en su cuello. Fuimos a quitarle su mochila, dentro había pinceles y pinturas. «Prefieres jugar con pinceles que con un balón», le dijo nuestro líder. Cecilio balbucía, mientras sus ojos me decían que lo ayude. « ¿Por esto no te juntas con nosotros?». «Me gusta pintar», respondió. «Falta que te pintes las uñas». El séquito se reía, menos yo. «¡Déjame en paz!», gritó Cecilio.

Uno le agarró los brazos, otro estaba listo para golpearlo como si fuera un saco de box. Las lágrimas llegaron, pero éstas no eran provocadas por el asalto, sino que estaban rompiendo sus pinceles y echando sus pinturas. «¿Vas a llorar por tus pinturitas?», dijo el líder burlándose. Hallaron en su mochila un lienzo pintado con la imagen de una mujer. «¿Quién es esta? ¿Tu novia?». Le hizo besar el cuadro. Yo iba a defenderlo, pero me pasaron el lienzo para destruirlo. Cecilio tenía talento, el retrato estaba lleno de vida; nosotros nunca podríamos pintar nada igual, ni nuestro portero de manos hábiles. Aniquilé mi empatía, primero le di a Cecilio un puntapié en el estómago, luego vacié el bote de pintura y restregué la imagen por el suelo. Ellos me aplaudieron; mi hombría había pasado la prueba.

Las siguientes semanas no supe de Cecilio. Su ausencia no me afectaría en lo absoluto. Yo continuaba con mi grupo de amigos. Volvimos al lugar donde golpeamos a Cecilio. Las pinturas estaban secas, era un suelo multicolor. Vino a mi mente esa bella mujer que hube despintado con la fricción creada por mis tenis y la acera. En ese momento, recordé las iniciales del retrato, y me di cuenta de que la mujer apellidaba igual que Cecilio; era su abuela, seguro que la pintaba por su cumpleaños. Me separé del grupo, fui a su casa a disculparme. Su mamá me recibió con la noticia de que se había mudado hace semanas. Me arrepentí de lo que hice. Entonces, el destino me devolvió el ultraje; quise llorar y no pude.